

IDENTIFICACION Y CAMBIO SOCIAL *

JOSE REMUS ARAICO**

En el trabajo se intenta seguir a lo largo de una línea teórica los procesos de la creación de estructuras mentales, para ubicar las identificaciones como subestructuras dentro de las clásicas, enfatizándose la necesidad de separar el ideal de yo del superyó. En el inicio de esta línea podrían incluirse algunas ideas de la etología y en especial el concepto de 'genoma'. Después vendrían las tempranas organizaciones de umbrales y las identificaciones primarias. Se pone un ejemplo clínico de la observación del cambio del umbral de angustia en la elaboración de una conducta social política.

Se traza una breve historia bibliográfica del concepto de identificación. Se consideran a estas como equivalentes a los genes, es decir como las transmisiones culturales, como los 'centros de mando de la acción social' sobre todo la política. En el final de la línea, se habla de la identidad del yo y de la crisis de identidad. Se le considera como 'síntesis y salto' a partir de las identificaciones, sobretudo en el adolescente. Se pone otro ejemplo clínico para mostrar las identificaciones subyacentes, que surgieron en un recuerdo, para la vocación sociológica.

En un tercer ejemplo clínico muy resumido de un trabajo anterior, se ilustran las dos series de identificaciones para la conducta sociopolítica del paciente. Se propone llamar a un agrupamiento de identificaciones en la cara social del yo, 'núcleos de polaridad conservadora-liberal' esclareciéndose esos términos. Se hace énfasis en todo el trabajo, del gran valor del método clínico psicoanalítico para la investigación de algunos factores del cambio social en un verdadero ejercicio de una psicología social psicoanalítica. Termina el trabajo con la idea de que siendo el origen de las identificaciones la temprana infancia, aquellas de la 'polaridad conservadora-liberal' se pondrán en acción hasta la adolescencia y la edad adulta. Sobre todo en cuanto se refiere a la conducta social política, existe una asincronía con retraso de una generación, de las identificaciones con los procesos históricos.

Los psicoanalistas, por estar fundamentalmente atentos al 'mundo interior' de nuestros pacientes, no siempre nos percatamos de los factores que intervienen en los cambios sociales y donde de alguna manera participan. Aunque estamos

* Publicado en la Revista *Alêtheia*. (1985) 6, 47

** Fundador, Vitalicio y Psicoanalista Didáctico de la Asociación Psicoanalítica Mexicana. Profesor Titular de las Facultades de Psicología y de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

alertas de su conducta social desde los diversos roles de su vida cotidiana, por tradición técnica, y quizás también por preferencia ideológica, tendemos a interpretarles su conducta social como el campo en el que podemos mostrarles, 'una vez más', sus conflictos internos y como se producen estos en las neurosis de transferencia.

Estoy convencido de que las identificaciones son los centros de mando fundamentales de la participación individual en la interacción social, por lo tanto, su estudio pertenece de manera primordial al psicoanálisis y sobretodo a una creciente psicología social psicoanalítica. Las sesiones psicoanalíticas, sobretodo con el seguimiento de nuevo material emergente, son un campo propicio y único, para la observación investigativa de estas subestructuras mentales, como son las identificaciones. Tal como trataré de mostrar con las viñetas clínicas, la acción individual participante para el cambio social, por lo menos en pacientes en tratamiento, parte de identificaciones, ya sea de la resolución de aquellas inoperantes, ya sea del surgimiento de nuevos núcleos infantiles que las contienen. Las sesiones psicoanalíticas, con sus procesos regresivos y progresivos, con el material genético y dinámico que se despliega en la relación transferencia-contratransferencia, con el ensayo de nuevas pautas defensivas y conductuales del yo que llevan a la superación de conflictos neuróticos, pero sobretodo con el sentimiento de identidad del yo cuando se ha observado antes su patología de difusión y dispersión, debieran ser el foco de la investigación sistemática de algunos factores del cambio social. Esto es posible si centramos la atención en la génesis, mutación y persistencia de algunas identificaciones, sobretodo en el proceso mismo de la interacción social.

Cuando un paciente orienta, o aún mejor cuando reorienta su conducta social después de la elaboración de una serie de sesiones 'profundas y regresivas', vemos como surgen nuevos perfiles de las imagos infantiles, o como aparecen en el discurso consciente nuevos personajes de sus años tempranos. Estos nuevos actores de 'la novela familiar', debemos considerarlos como núcleos de identificaciones, algunas muy tempranas, que pugnan por una nueva sedimentación y estructuración libidinal. Si somos cautos de no tocar este nuevo material como mero acting-out resistencial, emergerán más libremente, tornándose en núcleos de aglutinación que pueden ir conformando un sector más 'adulto y maduro' de la identidad del yo y se irán integrando al self. Los procesos sutiles de la interacción dialéctica individuo-sociedad-individuo, los podemos estudiar claramente en las sesiones analíticas. Por ejemplo, el abatimiento o el levantamiento de los prejuicios de grupo. Sobretodo en los prejuicios, se puede contemplar como las identificaciones son realmente el vehículo estructural cultural de la generación de los padres, que cuando se alteran por el proceso terapéutico, que sitúa al paciente más en su momento histórico y en su identidad yoica, operan como verdaderos factores mutantes del sistema cultural, que son indispensables, sobretodo en los líderes sociales y políticos en general, para los cambios sociales.

Creo que una poderosa resistencia institucional de los psicoanalistas, ha impedido la investigación sistemática del campo psicosocial a partir del material de

las sesiones psicoanalíticas. Los pioneros de esto, aunque con generalizaciones y enfoques sobretodo a grupos minoritarios, con Erikson (1963) (1968) (1972) a la cabeza, son la base de lo que debiera ser una psicología social psicoanalítica. Creo que una de las raíces más poderosas para esta resistencia hacia la investigación de lo social a partir de las sesiones psicoanalíticas, estaría en la ideología misma de los psicoanalistas. Somos integrantes de una profesión de servicio y estamos inevitablemente inmersos en las conflictivas socioeconómicas que nos rodean; quizás no deseamos conmovir nuestra fuente misma de trabajo. Por supuesto, que las raíces de nuestra ideología contienen identificaciones, las que de múltiples maneras deben de actuar en nuestra tarea terapéutica. No debo sin embargo por ahora seguir más esta línea, sólo deseo recordar la polémica interminable de cuanto el psicoanálisis 'cura' o 'adapta', con obvia referencia en esta polémica al trasfondo ideológico de las diversas culturas en las que trabajamos. El campo de la transferencia-contratransferencia siendo una reproducción micro cósmica especial del ámbito social, es donde se pueden observar las contradicciones ideológicas.

Desde el principio de la teoría psicoanalítica, el concepto de identificación se ha ido extendiendo en sus límites explicativos, tal como creo que pasa con los conceptos cruciales y que se refieren a fenómenos que deben ser explicados e integrados en diversos niveles de abstracción. No es mi intención hacer aquí un amplio y exhaustivo recorrido del desarrollo del concepto de identificación. Escogeré sólo algunos escalones clásicos, para pasar después a unas viñetas clínicas que ilustren mis puntos de vista en lo referente a los cambios sociales.

Freud (1897), habla brevemente de la identificación como una forma especial de autoreproche histérico, relacionado con la muerte de un ser querido. Con sus palabras: "La identificación que tiene lugar en dicho proceso no es, como se advierte, sino un modo de pensamiento, y no nos exime de la necesidad de buscar su motivación". Estas ideas lo llevan veinte años después en "Duelo y Melancolía" (1917), a considerar a la identificación no sólo como una defensa compleja, sino como un resultado estructural del duelo mismo, sobretodo al referirse que con la introyección y ulterior identificación (en el superyó) "la sombra del objeto cae sobre el yo". En "Psicología de las Masas y Análisis del Yo", Freud (1921), dedica todo el capítulo VII al tema de la identificación y resume tres fuentes de la misma (p. 107-108): la forma primitiva y original del vínculo con el objeto, la vía regresiva de substitución del objeto perdido y las nuevas percepciones de compartir una cualidad o un vínculo con otro sujeto. En esta última estarían basados muchos de los fenómenos de las masas y su relación con el líder. Por fin, en "El Yo y el Ello" Freud (1923), ya considera claramente la diferenciación de las estructuras, sobretodo del yo y del superyó. Serían estas estructuras las que contendrían a las identificaciones, los resultados o precipitados de las relaciones de objeto, sobretodo las infantiles y crucialmente las de la superación del complejo de Edipo. Freud aísla al superyó del yo como una nueva estructura, en cambio, deja integrado al primero al ideal del yo. Discutiré después esta fusión freudiana del superyó con el ideal del yo.

Todo este proceso del desarrollo del concepto de identificación en Freud a lo largo de treinta años, llevó necesariamente a considerar todo un camino para la formación de estructuras, siendo iniciales las ideas de Hartmann (1950) de la matriz común indiferenciada para el yo y el ello humanos y que ya tendría heredados ciertos aparatos de umbral de reacción. Aquí afirmo que la teoría estructural permite desarrollos y ampliaciones con otras ciencias, sobretodo con la teoría de sistemas y con la etología. Sólo para recordar puntos de partida, situemos en el trabajo de Arlow y Brenner (1964) un estudio consistente hasta esa fecha de las hipótesis estructurales en psicoanálisis. Por supuesto que desarrollos ulteriores, sobretodo en el estudio de las psicosis, han venido a incrementar su valor heurístico y su amplia utilidad clínica, pero no lo hemos incorporado sistemáticamente a la psicología social psicoanalítica. El concepto de identificación, como lo he dicho antes en algún otro trabajo, es uno de esos 'conceptos puente' interdisciplinarios, que podrían ser de utilidad en este intento generalizador con lo social.

La necesidad de la consistencia interna del desarrollo de la teoría, nos exige considerar una línea de formación de estructuras en la cual podamos situar a las identificaciones. La hipótesis de Hartmann de la matriz común indiferenciada, nos permite agregar en el principio de esa línea algunas hipótesis etológicas. El 'genoma', como aquel conjunto de genes que tendrían que contener lo heredado y característico de una especie, inclusive ciertas capacidades de conducta innata que por supuesto requieren del aprendizaje social para su desarrollo, podría ser incluido aquí. Lorenz (1983), (p. 120) considera así la interrelación genética y cultural: "Para que la herencia genética pueda transmitirse es preciso que haya cierta rigidez del genómico... demasiadas mutaciones darán origen a monstruos... si no hay mutaciones suficientes, se obtendrán fósiles vivientes... (se requiere así), de una interacción entre los factores de conservación, de invarianza, y los factores de mutación. En cada cultura, la vitalidad dependerá del equilibrio entre estas dos clases de factores, en relación al medio". Yo agregaría aquí de nuevo que son las identificaciones del desarrollo infantil, aún las más antiguas, las que se sedimentarán a partir de los conflictos muy tempranos, como los que describen Kohut y Wolf (1978), en un resumen al día de sus investigaciones sobre el self y la patología, en especial de la patología narcisista. Estos estudios nos permiten dar un paso adelante hacia el estudio psicosocial psicoanalítico. El libro de Lasch (1979) es un buen ejemplo del empleo de conceptos como los de Kohut en el estudio de las involuciones culturales, a las que también hace referencia Lorenz (1983) al referirse a la pérdida del valor de la tradición. Lasch en "La Cultura del Narcisismo", hace partir el avance de la patología narcisista en las culturas de los países con gran desarrollo, en parte por la pérdida de la estructura familiar que ha cosificado las relaciones, además por supuesto de la incidencia de otros factores tales como el de la sobretecnificación. Una de las características de la involución cultural narcisista, es el predominio importante de las tendencias egoístas, que los psicoanalistas conocemos tan bien del tratamiento de estos casos, donde observamos los múltiples problemas de las identificaciones objetales que son las que favorece el altruismo, no sólo hacia su ingruppo sino el social en general, dando lugar así a 'aperturas políticas' de tipo 'liberal' en el sentido que explicaré

después. Vale la pena mencionar el trabajo reciente, desde el ángulo etológico y con fructíferas ideas a trabajar en otra oportunidad, de Wickier y Seibt sobre “El Principio del Egoísmo” (1983), en especial lo referente a las modalidades de competición.

Volviendo al origen de las identificaciones más tempranas citemos a Spitz (1965) (p. 232): “El término de identificación primaria aparece raramente en la literatura. Es una construcción de la teoría psicoanalítica que se refiere al estado de la no diferenciación... (dos párrafos después)... consiste en que el niño experiencia todo en su ambiente como perteneciendo a sus necesidades de gratificación”. Me parece claro que a esa época temprana del desarrollo, aluden tanto los estudios de Kohut ya mencionados, como los de Kernberg (1975-1982) sobre la estructura borderline de la personalidad. Seguramente no hay psicólogo que no comprenda el aumento desafortunado de este tipo de patologías, narcisista y borderline, en grandes núcleos de población urbana de los países en desarrollo, con sus consecuentes y múltiples posibilidades en el cambio social ‘regresivo’ al que alude Lasch. También vale la pena citar a Sandler (1975) respecto al enriquecimiento del psicoanálisis por los trabajos de Piaget en todo lo relacionado con los procesos cognitivos. A veces sólo nuestra angustia de una identidad rígida como analistas, nos puede impedir ver estas conexiones y coincidencias desde varios campos de la investigación científica, así como su mutuo enriquecimiento. Las identificaciones primarias serían preobjetales para Spitz, pero las vicisitudes de esos tempranos procesos que sólo podemos atisbar, nos llevan a la necesidad de incluir esas primeras catexis del objeto y del self como el origen de estructuras ulteriores. Citando de nuevo a Lorenz (ibid. p. 134): “Para ‘deshacer’ el todo (se refiere al entrelazado de causalidades) Koehler emplea la expresión Kausel Filz, el ‘fieltro causal’, para explicar lo que sucede hay que seguir multitud de ‘hilos’ (teóricos) a la vez. Lo que Koehler denomina el análisis ‘sobre un amplio frente’. Creo que es lo que debemos hacer para desarrollar más la psicología social psicoanalítica.

Para Mahler (1977), el despliegue de la capacidad para las ‘verdaderas identificaciones’, se lograría ya en la última fase del complejo proceso de individuación-separación, la de la constancia de objeto interno. Puede haber una polémica en cuanto a esta temprana época del desarrollo, tanto en su conceptualización como en la interpretación del material genético, pero es innegable la importancia de la matriz social, iniciada por la madre, para que exista ese ‘ambiente promedio probable’ indispensable para su desarrollo. Depende precisamente de esa matriz social la clase de elementos que se pondrán en juego, como material psicológico, para la acción social. La transmisión cultural se efectúa de manera significativa por las identificaciones, las que funcionan, a mi juicio, en ciertos aspectos, como los genes de la transmisión de la herencia. Si somos animales por nuestra filogenia, somos una especie nueva, en la idea de Lorenz, ‘original’, por nuestra ontogenia cultural. El salto de la especie desde el primate al hombre, que contiene muchas características del antropoide superior, pero además algo nuevo y ‘original’ que se sintetizó en la capacidad del pensamiento conceptual, aún es una ‘zona oscura’ de la investigación, pero debemos tratar sin

embargo, de vincular estas hipótesis etológicas con los elementos psicológicos complejíssimos que ya sabemos y de los que el psicoanálisis tiene mucho que aportar. Si estamos enfatizando la posibilidad de la interpenetración teórica entre la etología y nuestro tema de las identificaciones, vale la pena citar, acerca de las similitudes y diferencias zoológicas entre el hombre y los antropoides superiores y a propósito de relacionarlo con la matriz común indiferenciada del yo-ello humano de Hartmann, a Wilson (1975), en especial las tablas 27-1 (p. 552) y 27-4 (p. 563), ésta sobre las etapas del desarrollo de la ética humana desde el punto de vista de la sociobiología.

En un largo trabajo reciente sobre "Identificación e Identidad en la Cultura Actual" (1981), elaboré la idea de que la cara social del yo contiene una serie compleja de identificaciones contradictorias, algunas muy tempranas, unas en el yo, otras en el superyó, y otras muy especiales en el ideal del yo. A este agrupamiento o subsistema estructural mental, lo llamé 'núcleos de polaridad conservadora-liberal'. Enténdaseme bien que no empleo estos términos en el sentido de la tradición sociológica posterior a la Ilustración y al ulterior surgimiento del 'liberalismo'. Lo 'conservador' de mi par dialéctico, son las catexis de objeto que partiendo de este complejo de identificaciones contradictorias donde se originan diversas conductas sociales, incluidas los prejuicios, tenderían a 'conservar' la permanencia de instituciones, a pesar de su posible inoperancia ética y adaptativa, sería la 'resistencia al cambio'. Lo 'liberal', tendería a actuar en el sentido opuesto, a cambiar las instituciones 'por la radicalización', a pesar de su operancia parcial. Estas ideas de un par dialéctico en permanente contradicción y síntesis, de donde emanan las acciones sociales que en grupos 'elevan' o 'degradan' a las culturas en y después de su crisis, las ilustraré posteriormente en una de las viñetas. Este agrupamiento es casi siempre potencialmente conflictivo, se manifiesta en diversos niveles de conciencia y en material inconsciente, es lo que llamé al principio como 'los centros de mando de la acción social'. Allí radicaría, entre otros fenómenos, las identificaciones que son la fuente de los prejuicios de clase, de ingrupos y son también los centros mutantes para la formación de las subculturas. Gracias a las identificaciones aún no rigidizadas, gracias a ese 'carácter juvenil permanente' de la especie humana, al que se refiere Eibl-Eibesfeldt citado por Lorenz (1983), las que al ponerse en juego en la interacción social, el hombre puede ensayar cambios sociales en un continuo proceso de adaptación, surgen así nuevas pautas conductuales, nuevos valores ideológicos, desde perspectivas éticas más globalizadoras y humanistas.

Antes de avanzar hacia el final de nuestra propuesta línea del desarrollo de estructuras, permítanme sintetizar lo que ya expuse en otro trabajo (1974) y que presenté en el Congreso de Viena. Traté de mostrar entonces que las sesiones clínicas ilustraban los cambios de reacciones de angustia después de un valioso insight y del inicio de la elaboración, con el cambio consiguiente de la conducta social hacia un nivel más autónomo en el sentido de Hartmann (1947), respecto a lo 'racional' o 'irracional' de la conducta. Transcribo una de las viñetas de ese trabajo.

Un estudiante adolescente, activista político en la Universidad, que estaba pasando por una crisis particularmente difícil comunicó en una sesión: “Ayer hubo una tormentosa asamblea en el comité de huelga donde la radicalización de los diversos sectores fue más notable, pues se trató de la provocación para un enfrentamiento directo con el ejército... Usted sabe, en cada asamblea de éstas estoy muy angustiado y no se qué partido tomar, pues todos me parecen tener una solución y una parte de la verdad en la lucha por el cambio social... No he sido cobarde, pero tampoco un héroe, pero ayer por la provocación tan obvia del ejército, me sentí casi con los que deseaban el enfrentamiento que libere la tensión a cualquier precio...”. Después de más detalles continúa: “Seguramente relacionado con todo esto, tuve anoche un sueño y una ‘sensación completamente nueva’... (el sueño): caminaba solo por unos corredores oscuros de la Universidad, percibía muy definidamente todas mis sensaciones, oía claramente mis pasos y el click de los apagadores de las luces que iba encendiendo. Llegaba por fin a un patio, como el de mi casa de niño, donde había una mesa de ping-pong lista para el juego, pero no había oponente... oigo pasos y me entra un miedo terrible porque creo que es uno de mis tíos mayores que me maltrataban mucho cuando era niño... efectivamente, él está en la penumbra... con gran tensión me adelanto a hablarle y le veo la cara completamente, me sonrío y nos ponemos a jugar intensamente... Me siento aliviado que lo haya reconocido como el amigo que es ahora y no como el enemigo de cuando yo era niño... (La ‘sensación nueva’). En este momento me desperté y me levanté a tomar agua y a orinar, me dio risa oír el click cuando prendí la luz, pues era como en el sueño; al entrar al baño tuve el mismo miedo que en el sueño. por un momento, e igual cuando me topaba con uno de esos tíos... pero de pronto, cesó todo mi miedo, me eché a reír y sentí por vez primera que el sueño era parte del pasado y otra cosa es la difícil situación estudiantil actual donde hay que tomar decisiones más serias... tuve la sensación completamente nueva para mí de que nunca más tendría esa misma calidad de miedo...”.

La sensación completamente ‘nueva’, ya integrada en el período hipnópico, creo nos puede ilustrar uno de esos cambios de umbral que suceden en momentos importantes de insight durante el tratamiento. Son momentos de afloje de estructuras, de pérdidas de identificaciones patógenas, como en el caso de mi paciente la identificación con agresores, como las había mostrado en sesiones previas a la que relato. En ese trabajo como ahora, citó a Rangell (1969) en relación al tema de la creación de estructuras (p. 65): “...se trata de un modelo psicoanalítico de la cadena secuencial intrapsíquica de eventos que suceden entre el estímulo y la respuesta con la ruptura del equilibrio estructural”.

Antes había anticipado un comentario acerca de la idea de Freud en “El Yo y el Ello” (1923), la de incluir al ideal del yo en el superyó. En un trabajo sobre la protesta juvenil (1971), enfatizaba opuestamente la necesidad de que se mantuviera una cierta autonomía relativa de estas dos estructuras, dado que en el fenómeno de la protesta social, los jóvenes regresan creativamente a identificaciones en el ideal del yo para luchar por el cambio social. Comentaba entonces a Beres (1965) en su trabajo sobre los orígenes de la moralidad, para

apoyarme en esta necesidad de mantener a las dos subestructuras, o estructuras por sí mismas, con sus atributos funcionales propios. En la regresión al servicio del yo que sucede en el fenómeno de la protesta, tal como se ilustra en el material clínico, se buscan intensamente los objetos primordiales libidinales, emergiendo identificaciones inconscientes, a veces muy tempranas, las que se integran a las utopías y programas políticos. De hecho una de las funciones de las utopías sociales, es la de mantener la esperanza de posibles cambios en las instituciones, conteniendo los elementos éticos más ideales, de las diferentes ideologías que las sostienen. Las utopías sociales por lo tanto, pueden tener un alto nivel ético humanista, siendo las identificaciones individuales en los líderes, el principal vehículo para su realización.

En otra viñeta clínica, un paciente describe el origen identificatorio de su conducta social en la que pugnaba su 'altruismo' hacia posiciones políticas de cambios económicos y sociales. Se trata de un joven industrial que no habiendo estudiado una carrera específica y teniendo mucho éxito en los negocios, empezó su análisis poco después que se inscribió a la carrera de sociología. Ya tenía tiempo en tratamiento, habíamos analizado este viraje en su vida en parte como sentimientos de culpa frente al éxito y también como el miedo a que los cambios sociales lo tomaran desprevenido, como decía él, "en el bando opuesto". También se había tratado su relación transferencial en su búsqueda de un "analista con tendencias sociológicas". Ya se había hablado y elaborado mucho de su conflictiva edípica, pero aparecía de vez en cuando repetitivamente, su pregunta de: "¿porqué me encaminé a la sociología para intentar una carrera política de cambios sociales?". Había ahondado en su historia infantil y hablado largamente de algunas contradicciones ideológicas de sus padres. Su padre fue un brillante intelectual, "todo un caballero", pero venido a menos después de una gran fortuna familiar porque no supo manejar una transformación en sus negocios en momentos difíciles en el país. El padre además, era una personalidad depresiva pero de gran éxito social y de irreprochable integridad. La madre, una creyente religiosa, era una ama de casa eficaz, afectuosa pero firme y confiable, de corte y costumbres antiguas.

Después de algunas sesiones en que había vuelto a hacerse su pregunta vocacional, comentó al principio de una sesión: "Ya sé porqué quiero hacer algo en la sociología y en el gobierno... una vez, cuando era chico, seis o siete años, desperté en la mañana y me di cuenta que había otro niño acostado en un colchón en el suelo al lado de mi cama... se trataba de un niño pobre, recordé que muchas otras veces, mi papá los recogía en la noche cuando volvía del casino... mi mamá les daba de cenar y los acostaba a mi lado... al día siguiente los bañaba y los vestía con ropa nueva... mi papá los ayudaba a poner un pequeño negocio de reparto de periódicos y los animaba a seguir adelante... recuerdo que eso pasó muchas veces..."; después de una pausa agrega con tristeza "cuando nos cambiamos a una casa más chica porque las cosas no andaban bien, no recuerdo que esto hubiera sucedido más...".

Es evidente en el material la identificación con ambos padres que trataban de reparar a su manera las 'injusticias sociales'. Esta identificación no sólo era en el yo, sino en el ideal del yo por su creciente ética social. Nunca había recordado ni hablado de estos sucesos de la conducta altruista de sus padres. Estuvo claro para mí, en el tiempo de su tratamiento, que en su ajuste en la identidad del yo faltaba en el nivel consciente la pieza clave de esa identificación, operante desde antes de su tratamiento en su interés vocacional por la sociología. Cuando trabajamos este recuerdo en el aquí y ahora de la transferencia, se autonomizó más su vocación de la conflictiva edípica infantil remanente, quedando como una parte de su futura identidad, la que aún persiste con éxito.

Es tiempo de que sigamos más adelante a lo largo de esa línea teórica propuesta del desarrollo y creación de estructuras. Por supuesto que no llegaré al final, pero el último peldaño que trataré, será el de la identidad del yo. Los clásicos trabajos de Erikson (1963, 1968 y 1972), seguramente muy conocidos, ilustran los conceptos del ciclo vital, la epigénesis del yo, la ritualización de la agresión y sobretodo la crisis de identidad. La identidad del yo es una síntesis nueva y 'original'; recuerdo analógicamente, la idea de Lorenz de la 'síntesis original y salto' de la especie. Se requiere armonizar y aglutinar las identificaciones previas, para la identidad. Sobretodo las tempranas con las edípicas y con las últimas en relación a esa etapa crucial de la socialización, frecuentemente crítica, que describió Erikson como la crisis de identidad. En esta crisis, el adolescente sienta en el banquillo de los acusados, en el moratorio de su propia cultura, a sus objetos originales contenidos en sus identificaciones, para preguntarse: ¿de dónde vengo?, ¿quién soy? y ¿a dónde voy?

Respecto a este proceso, es interesante el trabajo de Grinberg y Grinberg (1974), con relación a la interacción permanente de tres series de cadenas y eslabones (links) para la identidad del yo: la cadena de la integración espacial, la de la integración temporal y la de la integración social, operando simultáneamente e interactuando entre sí.

Antes de terminar, deseo sintetizar un historial clínico de una reacción disociativa aguda de un estudiante adolescente, ocurrida en un enfrentamiento sangriento de protesta política en 1968. El historial extenso está en el trabajo reciente ya citado (1981).

Un joven estudiante universitario que había emigrado a la gran capital desde una pequeña ciudad provinciana, inició su crisis de identidad y empezó a participar en 1968 en un amplio movimiento social de protesta, liderado en buena parte por los estudiantes. Hacía discursos relámpago de concientización política en los mercados y otros sitios populares. Se vela a si mismo reflejado en los rostros mestizos de su público y se sentía cada vez más identificado con el movimiento que iba aumentando, hasta la noche trágica en que fue herido y se inició agudamente su cuadro sintomático. Durante la tragedia fue herido levemente en un costado por un soldado, de cara 'aindiada' como la de él. Desmayado y golpeado fue arrojado entre heridos y cadáveres en plena masacre a un costado

de la plaza de los sucesos. Ya estaba disociado, sin embargo, pudo reaccionar y sobornó a otro soldado, igualmente 'aindiado' y escapó así del cerco militar.

Cuando llegó a mi consultorio, sólo a veces pronunciaba monótonamente la frase: "no puede ser... no puede ser". Estaba disociado, aplanado afectivamente, con el brazo izquierdo en cabrestillo, apenas habían pasado unos días de los sucesos que dispararon su trauma. Lo traté en psicoterapia analítica varias semanas, en sesiones a veces de algunas horas de duración, recuperándose de su sintomatología aguda. Después de sesiones catárticas, cuando se rompió la disociación afectiva, se pudo reconstruir no sólo lo que sucedió, sino los elementos más importantes de su historia infantil. Para el propósito de este trabajo, describiré sólo las líneas de las identificaciones contradictorias que estaban contenidas en sus núcleos -conservadores-liberales-. Por la emigración a la capital, que lo separó de su familia y el ambiente estudiantil, se inició su crisis de identidad de manera tormentosa al sumarse las particulares condiciones sociales de una gran protesta política.

Era el segundo de cinco hermanos. Su hermano mayor se había identificado claramente con los valores 'comerciales' del papá. El paciente funcionaba a veces como el líder de las dos hermanas que le seguían y del último varón de su familia. Su madre era una mujer sumisa tradicionalmente sometida al autoritarismo machista del padre. Con él tenía diferencias ya que deseaba seguir estudios superiores, en lugar de participar en el comercio del padre como el hermano mayor. Sin embargo, en la 'novela familiar', se hablaba con admiración de cuando el padre, joven, soltero y campesino, había participado en movimientos sociales agraristas que le habían dado prestigio y alguna posición económica más estable. Se trasladó del campo a la pequeña ciudad provinciana, donde cambiando su conducta social previa, se volvió comerciante y se casó, dejando toda actividad política y dedicándose en ocasiones a beber y parrandear con mujeres. Nuestro paciente trajo a la gran capital un bagaje de identificaciones paternas contradictorias y las maternas de sumisión a la autoridad incuestionable del padre. En su dramática crisis de identidad, el cambio social que perseguía idealmente partía de la identificación inconsciente en el ideal del yo con el padre joven y agrarista. El gobierno fue catectizado con los elementos de la autoridad irracional del padre actual. La masa estudiantil y proletaria de los mercados, era el subgrupo familiar que lideraba en la protesta social, con ideales de cambio y liberación.

Después de la catarsis se pudo entender el contenido de su frase repetitiva de "no puede ser... no puede ser", que lo había anclado precariamente a la realidad. Lo que no admitía conscientemente, era la contradicción, que no podía ser pero que fue, de que los soldados y policías de su mismo aspecto mestizo "aindiado" los hubieran masacrado: las mismas caras, o sean las mismas identidades populares que veía en los mercados en su que hacer político y que estaban de su lado, eran las mismas caras de los que los mataban, también era la misma del soldado que lo dejó escapar. Había catectizado sobretudo los aspectos mestizos, porque a él le decían 'el prieto' como un mote cariñoso que le habla

puesto su madre. El también era moreno como su padre, pero antes, en su pueblo y en su familia, le molestaba ese apodo por estar ligado a una característica del padre de su edad puberal conflictiva con él. Sin embargo, cuando comenzó su proceso crítico de identidad y su labor de activista político, le empezó a agrandar ese apodo. Habló mucho durante el tratamiento de la época agrarista de su padre, la de antes que él naciera, pero que se integró a la historia familiar y social de su comunidad. Surgieron también núcleos de identificación muy positiva con cualidades de su madre, una mujer muy leal y trabajadora, que de manera inteligente era un refugio de amigas y vecinos. No es posible extenderme más en este material clínico, espero haber mostrado sólo un ejemplo más de como la crisis de identidad observada microscópicamente en sesiones terapéuticas, puede ilustrarnos de la participación de las identificaciones inconscientes en el cambio social.

Antes de terminar este trabajo sólo una idea más. Las identificaciones fundamentales se estructuran en la temprana infancia, otras en la pubertad y adolescencia, sufrirán diversos procesos de esclerosis y de cambio, de persistencia, dilución y enriquecimiento, pero van a ser 'genes culturales activos' hasta muchos años después, cuando las circunstancias externas de la vida social adulta puedan conmover las defensas que rodean a los 'núcleos conservadores-liberales'. Es entonces que se toma partido, aún aquel de no tomar partido alguno, como una manera estática conservadora, quizás la peor, la de la apatía política. Este fenómeno de asincronía lo mostré con más detalles anteriormente (1971), pero creo que merece dejarse asentado, puesto que las identificaciones van siempre atrasadas a los procesos históricos. Quizá radique aquí en esta asincronía histórica, una razón importante del porqué muchos de los cambios sociales son tormentosos.

BIBLIOGRAFIA

ARLOW, J. A. y BRENNER, CH. (1964). *Psychoanalytic Concepts and the Structural Theory*. New York. Int. Univ. Press Inc.

BERES, D. (1965). *Psychoanalytic Notes on the History of Morality*. J. Amer. Psychoanal. Ass.: 13.

ERIKSON, E. H. (1963). *Infancia y Sociedad*. B. Aires. Ed. Hormé-Paidós.

- (1968). *Identity - Youth and Crisis*. New York. W.W. Norton & Co. Inc.

- (1972). *Sociedad y Adolescencia*. México. Siglo XXI.

FREUD, S. (1887). *Draft N5*. S. E.: 1

- (1917). *Mourning and Melancholia*. S. E.: 14.

- (1921). *Group Psychology and the Analysis of the Ego*. S. E.: 17.

- (1923). *The Ego and the Id*. S. E.: 19.

GRINBERG, L. y GRINBERG, R. (1974). *Identity and Psychoanalysis*. Int. Rev. Psycho-Anal. 1-4.

HARTMANN, H. (1950). Psychoanalysis and Developmental Psychology. En: Essays on Ego Psychology. New York. Int. Univ. Press.

- (1947). On Rational and Irrational Action. En: Essays on Ego Psychology. New York. Int. Univ. Press.

KERNBERG, O. (1975). Borderline Conditions and Pathological Narcissism. New York. Ed. Aronson.

- (1982). Self, Ego, Affects and Drives. J. Amer. Psychoanal. Ass. 30-4.

KOHUT, H. y WOLF, E. S. (1978). The Disorders of the Self and Their Treatment: and Outline. Int. J. Psycho-Anal. 59-4.

LASCH, C. (1979). The Culture of Narcissism. New York. Warner Books.

LORENZ, K. (1983). La Etología - Entrevista con Alain de Benoist. Madrid Ed. Nuevo Arte - El Laberinto No. 5.

MAHLER, M.S. (1977). El Nacimiento Psicológico del Infante Humano. B. Aires. Ed. Marymar.

RANGELL, L. (1969). The Intrapsychic Process and its Analysis: a recent line of thought and its current implications. Int. J. Psycho-Anal. 50.

REMUS ARAICO, J. (1971). El Fenómeno de La Protesta: ejemplo de descontento en la civilización actual. Cuaderno de la S.A.P.P.I.A.: 1 . B. Aires. Ed. Kargieman.

- (1974). Algunas Reflexiones Generales sobre el Concepto de Umbral y Destructividad Humana Intraespecífica. Cuadernos de Psicoanálisis. México. Vol. 7 Ene-Jun.

- (1981). Identificación e Identidad en La Cultura Actual. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. Núm. 104-105.

SANDLER, A. M. (1975). Comments on the Significance of Piaget's Work for Psychoanalysis. Int. Rev. Psycho-Anal: 2-4.

SPITZ, R. A. (1965). The First Year of Life. New York. Int. Univ. Press.

WICKLER, W. y SEIBT, U. (1983). "El Principio del Egoísmo. Causas y Consecuencias del Comportamiento Social". Siglo XXI Editores. México.

WILSON, E. O. (1975). Sociobiology - The New Synthesis. The Belknap Press, of the Harvard Univ. Press. Cambridge, U. S. A.

Dr. José Remus Araico

Paseo del Río # 111, Casa 20

Fortín Chimalistac

Coyoacán 04319

DR. JOSE REMUS ARAICO

México, D. F.
Tels. y Fax 56-61-07-67 y 56-61-36-50